

CHRISTIAN FERRER

LA AMARGURA METÓDICA



VIDA Y OBRA DE
EZEQUIEL MARTÍNEZ
ESTRADA

SUDAMERICANA

Christian Ferrer

La amargura metódica

Vida y obra de
Ezequiel Martínez Estrada

Sudamericana

A Simón, mi niño

A mi hermana Yvonne Ferrer

A Héctor Schmucler, Horacio González y Tomás Abraham

“Nada tengo que ver con mi biografía”

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA (1945)

Cubierta

Portada

Infancia y juventud

I. Pampa y la vía

II. El empleado de correos

III. Los novios

Vida literaria

I. El poeta

II. El escenario

III. Amistad

IV. Aires de reforma

V. "Trapalanda"

VI. El premio

VII. Distancia, lealtad

VIII. "El yogui de la selva"

Comedia

I. Balzac

Los animales

Espejismos en la llanura

I. Zarza

II. Círculos concéntricos

III. Radiografía de la pampa

IV. "Cadaverous-appearing man"

V. Florilegio

VI. Sellos conmemorativos

VII. Corona

VIII. Puntapié y profecía

IX. Después

El profesor

I. "Era un lunático"

Método

Inconclusiones

I. Frenesí

II. El antipolo

III. Asunto de vida o muerte

Teratología

- I. Encefalograma
- II. Esfinge
- III. Fauces
- IV. Ruina

Lo importante

Norteamérica

- I. Intercambio cultural
- II. "No interesamos ni como curiosidad"
- III. La intuitiva

Autorretrato con modelo

- I. Retrato
- II. Autorretrato
- III. Subrayado

Diatriba y desacralización

Historia facúndica

- I. Los siameses
- II. "Sócrates guerrero"
- III. Sin embargo

Fantasmagoría y mancha original

- I. Fantasmagoría
- II. "Isla misteriosa"
- III. Omerta inaugural
- IV. Trabazón
- V. Mancha original

Una década de trabajo

- I. Ficción y crítica
- II. Ajetreos
- III. Obras
- IV. Sin alegría

Preguntas y respuestas

Identificaciones

- I. La llave de los campos
- II. Altos y feos
- III. Función de magia
- IV. Mujeres emplumadas

- V. Ciencia natural
- Vida de pampa y de bahía
 - I. El chacarero
 - II. Mudanza
- Camafeo
- Mal de piel
 - I. El abatido
 - II. Sarna
 - III. Petrificación
 - IV. "Peronitis"
- Propósitos y desencuentros
 - I. Acercamientos
 - II. El semanario socialista
 - III. Ajuste y distancia
 - IV. La toma de posición
- "Su discípulo"
 - I. Murena
 - II. Renuevo en Sur
 - III. Su discípulo
 - IV. Las Ciento y Una, una sola vez
 - V. Anacrónico
 - VI. Adiós
- Bahía Blanca, capital de la república
 - I. Trompe-l'oeil
 - II. "El foco de las peores epizootias"
- En Roma
 - I. Rayos y centellas
 - II. La ingenua pregunta
 - III. El shaman
 - IV. Definiciones
 - V. Liliputienses
 - VI. Eva
 - VII. Final en Roma
- Cenit y Nadir
- Palos de la crítica
 - I. Por ejemplo

- II. Ácratas
- III. Populistas y nacionalistas
- IV. Otros
- V. Marxistas
- VI. El perseguidor
- VII. A fin de cuentas
- La ruptura del Frente Liberal
 - I. El final del consenso antiperonista
 - II. "Trogloditas"
 - III. Martínez Estrada y Borges
 - IV. Borges y Martínez Estrada
 - V. Martínez Estrada y Sabato
 - VI. Correspondencia retenida
- En la universidad
 - I. "Profesor extraordinario"
 - II. Reformismo y universidad
 - III. El hijo perro
- La Candidatura
 - I. SADE
 - II. La contienda
- En tierra purpúrea
 - I. La "República de la Tierra Purpúrea"
 - II. Thoreau
- Ladridos
- No violecia
 - I. Presidente de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre
- Haikus
 - I. La renuncia
- Europa treinta años después
 - I. Tras la "Cortina de Hierro"
 - II. Yasnaia-Poliana
- Errante
 - I. Podrido
 - II. De Austria al espacio exterior
 - III. En México

IV. Cosas de viejo

V. Perdidos en la noche

VI. Diferencias y semejanzas

VII. Postales del Caribe

VIII. Megalomanía y vudú

Entre México y Cuba

Letras

I. Libro sobre libros

II. Recitado aúlico, literatura de diáspora,
fantasmas

III. Frac, oropel y omisión

IV. Figura y contrafigura

V. Literatura y sociedad

VI. La única reseña

Cultura

VII. Sociología sui géneris

VIII. Espíritu y envilecimiento

Técnica

IX. La cuestión de la técnica

X. Los nuevos dioses

XI. Humanismo y antihumanismo

XII. Juguetes

Parresia

Incubación

I. El sargento y el comandante

II. La llegada

III. La revolución

IV. Martínez Estrada a los sesenta y seis

V. "Es cubano todo el que ama a Cuba"

VI. La alineación

VII. "Utopía es Cuba"

VIII. Instantáneas de Fidel Castro

IX. El defensor

X. Peregrinación

XI. Redadas

XII. "Por una alta cultura popular y socialista cubana"

XIII. Esgrima criolla

XIV. Somatismo

XV. "Los años más felices de su vida"

XVI. Extraterritorial

XVII. "El hombre más grande de América"

XVIII. Noventa y cinco años después

Medianoche

I. Regreso

II. Los tipógrafos

III. Victoria y Ezequiel

IV. Abismos

V. Amistad

VI. Estrada y Martínez

VII. La última entrevista

VIII. Esmerdis, el impostor

IX. Martínez Estrada en Tlön

X. Lo último

Necrología con pájaros

I. En todos los diarios

II. Pájaros

III. Mosca blanca

IV. Pájaros

V. La batalla de la Biblioteca Nacional

VI. Pájaros

VII. Álter ego

VIII. Pájaros

IX. Cortina de alas

Colofón

Coda

Obra de Ezequiel Martínez Estrada

Reconocimiento

Índice onomástico

Créditos

INFANCIA Y JUVENTUD

I. Pampa y la vía

El metro cuadrado de tierra en el que llegamos al mundo no siempre está en el mapa. A veces es preciso buscarlo en planos provinciales, incluso regionales, tan pequeño e insignificante puede llegar ser el punto de partida. En la Argentina abundan los pueblos al costado del camino, brotados de un loteo o en torno de una fortificación, no más que una cruz de cuadras, o menos aún, aletas de una estación de ferrocarril, y eso en tierras sin casi historia, sólo las historias que rememoran los vecinos y otras acarreadas por gente llegada del otro lado del mar para arremangarse, perdurar y, ocasionalmente, prosperar. Una vez, ya de grande, Ezequiel Martínez Estrada mencionaría esa fatalidad: "Nací en el año 1895 en un pueblo adecuado a mis recursos". Eso sucedió un sábado 14 de septiembre en San José de la Esquina, al sur de la provincia de Santa Fe, uno de los tantos puntitos negros de fines del siglo XIX en los que se multiplicaban el ganado, las mieses y los inmigrantes, en ese orden de importancia. En cuanto a los recursos familiares, es decir capital, nombradía y afectos, fueron sumamente deficientes. Entonces, nada, casi nada.

Cuatro años después en Casilda, cabecera del departamento de Caseros, fue registrado en papel con membrete oficial bajo el nombre de Ezequiel Eduardo Martínez Estrada. Su padre, nacido en 1860, se llamaba Ezequiel Martínez Ancil y era originario de Pamplona, Navarra. Quizá para no tener que responder al nombre paterno, desde siempre usó doble apellido, uniéndolo al de su madre, Manuela Estrada Erija, nacida en 1878 en Andalucía. De modo que el padre de Martínez Estrada le llevaba casi veinte años a su esposa, siendo ambos inmigrantes, condición habitual en ese tiempo. Posteriormente nacerían dos hijos más, Carlos y Emilio, y nada relevante se sabe acerca de ellos. Tampoco de un tío suyo, que se quitó la vida. El oficio del padre era el de cochero de plaza, y en la partida de nacimiento del niño nacido en San José de la Esquina se especifica que era “de color blanco”.

En otra ocasión rememoró su primer hogar, y eso sería en 1927 en un libro de poemas: “La casa amplia tenía / rejas en las ventanas y la luna tras ellas. / Después la galería / y un tapial erizado con vidrios de botellas”. Esa casa era una típica edificación de pueblo de provincia, cuadrada, frente sólido, dos ventanas haciendo escolta a la puerta de entrada. Después el lugar sirvió como depósito de carpintería y ahora el pueblo ya alcanzó las siete mil almas censadas, pero hacia 1895 no llegaban a quinientas: “Donde yo nací no hay más que una calle que hasta hace poco llevaba El Nombre”. ¿Qué más le afloró en el recuerdo? “Un horno. Otro chico. Algún juego”. Es poco. ¿Algo más? “Una fiesta junto a un río. La gente / alegre, el viento a toda orquesta. / Debió ser una fiesta muy triste aquella fiesta / pues mi madre se puso a llorar de repente”. Todavía niño su familia se fue de allí para siempre, llevándoselo consigo. En aquella evocación, un Martínez Estrada de treinta y dos años cerraba su inventario de infancia: “Y nada más, Dios mío, / y nada más que el sol, las lágrimas y el viento”. Por cierto que el tapial mencionado, “erizado con vidrios”, todavía está allí, pero ya no la casa, que fue derrumbada.

San José de la Esquina, fundado diez años antes del nacimiento de Martínez Estrada, se llamó previamente Guardia del Carcarañá, por su cercanía con el río homónimo, que en lengua quechua significa Canacho del Diablo, y antes de eso fue Esquina de la Guardia, quizá porque había un fuerte cercano a la vera del así llamado “Camino Real”. En otro tiempo vivieron en la zona indios querandíes, de los que sólo quedaban reminiscencias. En verdad, la “pampa gringa” no era mal lugar para nacer, era dínamo de prosperidad. No pocos hicieron fortuna allí, pero ése no fue el caso de la familia Martínez Estrada. Había en el pueblo una biblioteca popular bautizada, inevitablemente, con el nombre de Domingo Faustino Sarmiento, el gran hombre iracundo sobre quien él, de grande, escribiría un libro. Pero pocas veces volvería a mencionar a San José de la Esquina, y cuando lo hizo, parecían vestigios o pétalos más que recuerdos: “Tengo miedo al tocarlos / porque están casi rotos”. Acerca de su propio nombre y apellido decía que era “de profeta y de especiero minorista, con un pistoletazo en cada zeta”. Por otra parte, con respecto a él mismo, poca memoria quedó en su provincia. En las afueras de Rosario pusieron su nombre a una calle, pero no así en su lugar de nacimiento. Probablemente no le hubiera importado: le disgustaba recordar.

En 1903 los Martínez Estrada se mudaron al sur de la provincia de Buenos Aires, a Goyena, pueblo fundado poco antes y casi deshabitado, donde el padre estableció un almacén de ramos generales — una pulpería entonces— en cuyo fondo vivía la familia. Era un típico pueblo de la campaña, las casas eran de ladrillo construidas sobre piso de tierra y sus patios estaban cercados por muros. El estado de ánimo no superaba la etapa del estancamiento. Había una calle principal, que hoy se llama “Martínez Estrada”. En la periferia, la pampa oceánica, y miles y miles de pájaros, por miríadas. Este segundo lugar de residencia queda en el Partido de Saavedra, cuya cabecera es la ciudad de Pigüé, donde numerosas familias de origen francés habían llegado en 1884 desde la zona de Aveyron. A veinte kilómetros de Pigüé, en Goyena, la mayor parte de sus pri-

meros pobladores eran campesinos mallorquines recientemente arribados: "Cuando yo viví cerca de las sierras de Curumalán, el campo apenas conservaba su antiguo esplendor y las gentes languidecían en rencores y codicias. Aún podían encontrarse flamencos y cisnes en las lagunas, avestruces en las llanuras, verse la paja voladora cubrir los campos y brillar al mediodía, mas todo estaba labrado por el colono y los incendios de los trigales eran frecuentes".

¿Cómo era él por entonces? La pregunta es lanzada a lo escaso —muy escaso— que dejó escrito acerca de su infancia y adolescencia. Así se rememoraría a sí mismo, cuatro décadas después: "De mis primeros años recuerdo que, como una segunda naturaleza semejante a la mutilación, poseí el triste privilegio de comprender las cosas de la vida con precoz claridad de adulto", vale decir "la comprensión o el paladeo del amargor de las cosas". Entre otras amarguras tuvo que padecer las desavenencias de sus padres, que fueron escalando de peor a pésimo, de quienes se distanciaría, y mucho. Con el padre habría reencuentros; con su madre, nunca. Aunque Martínez Estrada recordara más adelante que a los ocho años se le desató un llanto incontenible al comprender que su madre, por ser mayor, moriría antes que él, eso no sucedió así. Ella lo sobrevivió. La madre se había opuesto al matrimonio de su hijo con Agustina Morriconi, sin conseguir su propósito, y entonces dejaron de hablarse. Los vínculos con sus hermanos también quedaron seccionados. Sus primeras letras las hizo en un colegio de Goyena, y más luego, en el cercano Pigüé, concurrió a un colegio religioso donde demostró aptitudes para el dibujo y la pintura. En todo caso, Goyena fue su pueblo de infancia hasta los doce años, cuando el negocio familiar se fundió y los padres se separaron, partiendo todos hacia Buenos Aires. Sin embargo, treinta años después, Martínez Estrada regresaría al pueblo a título de chacarero.

Al final de su vida contó esta anécdota de familia:

Cuando mi padre llegó aquí se sintió muy solo. No tenía familia, ni amigos en el gobierno, ni quien le ganase un pleito en

caso preciso. Cuando mi abuelo [Dámaso Martínez] murió le dijo a mi padre: "Tengo la impresión de que he vivido solo". Y mi padre me dijo al morir: "Te quedas solo".

Muchos años antes, en 1920, había mencionado a su padre en carta a su novia Agustina: "Papá ha llegado de Santa Fe, enfermo. Me ha causado una impresión terrible verlo casi como un bohemio, sin familia, en una cama de hospedaje, solo, solo, solo". Y años después diría: "De mi padre he heredado el carácter austero, su estatura mediana y su sed de aventuras". La separación de sus progenitores lo afectó en forma duradera y es asunto de especulación si la subsiguiente y perdurable huella de orfandad no lo habrá conducido a trasmigrarla al análisis de la pampa entera. Alguna vez escribió: "Quien de niño trata a sus padres como desconocidos, de hombre concluye por sentirse hijo de sí mismo".

Martínez Estrada llegó a Buenos Aires en 1907, apenas adolescente, para vivir con su tía Elisa. Hizo estudios de bachillerato en el Colegio Nicolás Avellaneda, en el barrio de Palermo, recientemente inaugurado y conocido como "Colegio Nacional Nordeste de la Capital". Más adelante dirá que le hubiera gustado ser alumno universitario pero que, ante la falta de fortuna o apoyo familiar, no le quedó otro remedio que afincarse en un puesto de oficina para ganarse el pan de cada día, por largas horas, todos los días, y a lo largo de treinta años. En carta tardía dirigida a su amiga Victoria Ocampo le dijo: "Después de los doce años continúa una vida laboriosa, de sobreviviente, en mil formas repetida a la manera de un arabesco, en que todo es construir sobre arena, ensayar y errar". De la escuela secundaria sólo recordaba sinsabores. Cuando tenía catorce años un profesor lo humilló tratándolo de idiota:

Yo no soportaba las matemáticas. Las palabras ofensivas de aquel hombre me conmocionaron. Volví a casa y le dije a mi padre que no estudiaría nunca más. Fue una escena espantosa. Mi padre se indignó, amenazó con encerrarme en el ejército o en